



*espada* Fabio y Marcelo. Fabio parece singularmente vano y ambicioso. Saliendo cónsul, fuerza su nueva elección, amenazando con las hachas consulares á su competidor y sobrino Octacilio. Fueron todavía necesarios enormes sacrificios; se envió á los desobedientes á combatir á pié en Sicilia; en los campamentos los caballeros y los centuriones rehusaron su sueldo. Varios particulares equiparon una flota. La ley Oppa puso al servicio del Estado el oro y la plata de los adornos de las mujeres; en fin, para llenar las atenciones del Tesoro se hizo cuestión de patriotismo el sostenimiento de las viudas y de los huérfanos. Tratábase de vivir (1).

En efecto; cualquiera que fuese el resultado de las fanfarronadas de Marcelo, que se creía siempre en ocasión de «vengar los desastres de Canas,» esta venganza no llegaba nunca; Sempronio alcanzaba algunas ventajas; Hannon le batía á su vez; en fin, el Samnium era devastado por Fabio, que no sabía más que asolar el país á respetable distancia del enemigo, y la guerra se sostenía en Italia. Tarento, indignada de la crueldad de los romanos, que habían precipitado á sus rehenes desde la roca Tarpeya, se entregó á Aníbal. En el exterior, otros ataques simultáneos reemplazaron á los de Córcega y Cerdeña. Demetrio de Faros, antiguo gobernador de Iliria, puso en conocimiento de las ciudades de la Hélade el peligro que corrían, y los griegos armados depusieron sus querellas para ponerse á cubierto de cualquiera agresión. El macedonio Filipo se acordaba de la alianza que había hecho el año mismo de la batalla de Canas. Marchando adelante podía entrar en Italia, en lugar de perder el tiempo en el sitio de algunas insignificantes poblaciones de Iliria. El pretor Levino, encontrándole dueño de Oricun y ocupado en el sitio de Apolonia, le arrojó de su campamento y le obligó á quemar sus naves en Aous. Filipo se retiró detrás de sus montañas. Por consiguiente, la Macedonia no fué ya un peligro para la república, que se encontró desembarazada por

(1) Tito Livio, l. XXIII; Plutarco, *Vida de Fabio*.

el lado de Oriente (214) (1). La fortuna cambió del mismo modo en Sicilia. Hierónimo, en su reinado de un año, se había ya declarado por Cartago, en medio de sus desórdenes; cuando fué asesinado, los partidos cartagines y romano combatieron en la plaza pública. En fin, los dos jefes, Epicides é Hipócrates, nacidos en África, arrastraron la multitud hácia Aníbal. No se comprende cómo Roma, tan cercada de peligros, no hubiese renunciado á la reducción de la Sicilia siracusana. Es verdad que el cónsul Marcelo empleó desde luego su reputación contra los muros de Siracusa; el genio de Arquímedes, que hubiera levantado el mundo si se le hubiese dado un punto de apoyo á su palanca, defendía la ciudad. Por un admirable empleo de la ciencia griega, dispersaba, arrebatada ó sumergía con sus máquinas las naves romanas; aplastaba bajo enormes pedazos de roca las legiones y sus arrietes de sitio. El ataque degeneró en bloqueo; pero el bloqueo no impidió á Epicides y Hannon recobrar á Agrigento. La *espada de Roma*, el vanidoso Marcelo, retrocedió también á Himera ante el lugarteniente Mutines. Pero tuvo la dicha de encontrar traidores; una torre estaba mal custodiada; la fiesta de Diana tenía adormecida toda la ciudad. Siracusa fué entregada al saqueo; los soldados querían reducirla á cenizas. Marcelo al menos, compadeciéndose de tanto esplendor en artes y riquezas, lloró sobre esta magnífica ciudad y la perdonó; tributó también ilustres honores á la familia del gran matemático que no había podido salvar, y á quien había dado muerte un soldado sin conocerle; el carácter romano se humanizaba (2).

Los reveses de España disminuyeron la alegría de semejante triunfo. Los dos Escipion (212) aliados con Sifax, tenían en el campo enemigo á los Barca, cuya obstinación resistía las derrotas, y á los cuales se unieron Asdrúbal Giscon, después el nómada Masinisa, después Asdrúbal y Magon, después los celtíberos que hicieron defección á la voz de Mandonio y de Indibil. Separados, cercados, los

(1) Tito Livio, l. XXIII.  
(2) Tito Livio, l. XXIV; Plutarco, *Vida de Marcelo*.



dos pretores perecieron. Si el joven caballero Marcio no hubiese reunido los fugitivos al otro lado del Ebro y sorprendido los ejércitos victoriosos, España estaba perdida; en todo caso se encontraba comprometida (1).

Roma misma temblaba. Dos cónsules y un pretor estrechaban á Capua, que era el centro, la plaza de armas de Aníbal, quien había dicho que esta ciudad sería la capital de Italia; hizo todo por conservarla, asesinando á los vtones de Sempronio con su jefe, matando aquí 15.000, allí 16.000 soldados. Los cónsules hechos procónsules se encaminaban contra la desgraciada ciudad. Pensaron mezclar la infantería ligera de los velites en las filas de la caballería y permanecieron á las puertas de Capua, que abandonan al ser sitiados en sus líneas. Esto es lo que sucedió; pero los atrincheramientos fueron bien defendidos por los legionarios. El senado y el pueblo se desesperaban entre tanto. Mucho mayor fué el espanto cuando súbitamente se vió á Aníbal llegar delante de Roma y poner su ejército en orden de batalla sobre la orilla del Anio. Hubiéranse precipitado fuera de las murallas si no hubiera sido porque hubieran caído en manos del enemigo (2).

El senado tuvo necesidad de levantar el ánimo de la multitud. La venta del terreno mismo en que acampaba el cartagines no era más que una bravata, pero una bravata heroica. Sin embargo de esto se temía un asalto; la plaza era muy extensa y había mucha guarnición; pero cuando Flavio volvió con un ejército, Aníbal le presentó batalla que no fué aceptada. El gran general no tenía más que tropas muy débiles. No pudiendo estrechar el bloqueo, se retiró sin ser inquietado hácia Regio-Capua era abandonada; los vencedores ejercieron horribles represalias: setenta senadores fueron asesinados, trescientos nobles encadenados, y los habitantes fueron vendidos en los mercados.

Aunque Aníbal fué siempre digno y valiente, la fortuna había cambiado. Viendo que las

(1) Tito Livio, l. XXV.  
(2) Tito Livio, lib. XXVI; Polibio, c. IX, frag.

ciudades se le escapaban de las manos, encontrábase reducido á tratarlas severamente y aumentaba así las defecciones. Entre tanto quinientos nómadas se hicieron dar muerte en Salapia ántes que rendirse. Los mercenarios le eran todavía fieles. Bien pronto no tuvo esperanza en Sicilia y en Grecia. La mala inteligencia entre Hannon y Mutines fué más funesta que la toma de Siracusa. Mutines entregó á Agrigento, así como toda la Sicilia, y fué ciudadano romano; este título era un digno premio de la traición. Levino, sublevando en Grecia á los etolios contra Filipo, había tomado á Anticira; Filipo se vengó por la derrota de Simplicio, pero Macedonia, fatigada ya de la guerra, cesó en ella.

España estaba entregada á las más interesantes alternativas. Claudio Neron no había conseguido otra cosa que dejarse engañar en el desfiladero de las Piedras Negras (211), y después nadie quería mandar en esta peligrosa provincia. Para «hacer menos funesto este país,» fué necesario un Escipion. Lo maravilloso rodeaba al hijo de Publio, que, á pesar de su juventud y su vida muelle y afeminada, reivindicaba el honor de vengar á su padre y á su tío. No tenía la edad exigida por la ley: «Que el pueblo me nombre y yo tendré la edad,» exclamaba él. El prestigio religioso con que cubría su nacimiento y sus actos públicos, le aseguraban un mando poco disputado, y le inauguró por la toma de Cartagena. Un vigoroso ataque y el reflujó del mar, que dió paso á quinientos hombres hasta un punto poco fortificado, destruyeron este baluarte de la dominación cartaginesa en España. «Neptuno se había pronunciado en favor de los romanos.» Escipion dió su mano á una bella cautiva española y envió á los iberos sus rehenes, y se separaron de una causa sin recursos (1). Aníbal vió al mundo hacerle traición. Debilitándose todos los días, dió, sin embargo, todavía severas lecciones á los romanos, asesinó dos legiones cerca de Herdonea. Marcelo le hostigaba, pero con prudencia, porque encontraba á cada paso embosca-

(1) Polibio, l. X; Tito Livio, l. XXVI-XXVII; Apiano, *Hisp.*





das púnicas. Por otra parte, Cartago parece decidirse; envía á Magon y á Asdrúbal Giscon en auxilio de Asdrúbal Barca, y éste, aunque vencido, arrojando delante de él los cuerpos desmembrados del pretor, gana rápidamente los Alpes. Luchaban los partidos en Roma, y la oposicion se estrelló contra los nombres de Fulvio y de Fabio. Pero hé aquí un peligro más grave: los latinos y los aliados estaban cansados; entre treinta colonias, doce rehusaron hombres y dinero; se prescindió de su concurso, pero se les guardó rencor. Fabio, léjos del peligro, tomó á Tarento, y el cartagines no tuvo ya una plaza de refugio. Por su parte Marcelo este fogoso anciano que se alababa mantenerse sólo contra Aníbal, y que él sólo tenía esta audacia, le libró tres batallas de un éxito bastante indeciso cerca de Canusium, y en fin, se hizo dar muerte en una emboscada (208). Fabio, que habia tomado á Tarento por perfidia, asesinó la guarnicion por crueldad; sólo su suerte le salvó de una muerte semejante á la de Marcelo (1).

Por fin Asdrúbal llegó (207). La república está agotada, nuevos peligros amenazan, la dilacion ha enervado á Italia sin abatir á Aníbal. Dos cónsules de escaso renombre parecen deber presidir á la ruina de Roma: estos eran Neron, el vencido de las Piedras Negras, y Livio, que no pedia más que un combate, queriendo cubrirse de gloria por un éxito brillante, ó castigar por una gran derrota una antigua injusticia del pueblo. Asdrúbal no tenia más que darse prisa: ningun ejército le detenia su paso en Cisalpina; los galos se colocaban al rededor de él. Quiso tomar las plazas fuertes, y despreciando avisar á su hermano, consumió sus fuerzas delante de Placentia. Livio llegó al fin, y le hizo sufrir un descalabro sobre las orillas del Metauro. Los cuatro números que Asdrúbal envió entonces á Aníbal, cayeron en poder de Claudio Neron; Neron emprende audazmente su partida, deja su campamento en frente de Aníbal y llega á Cisalpina. Al ruido de la trompeta, que sonando dos veces, anuncia la presen-

(1) Tito Livio, l. XXVII; Plutarco, *Vidas de Fabio y de Marcelo*.

cia de dos cónsules, Asdrúbal creyó que los dos ejércitos consulares estaban reunidos como sus jefes; quiso ganar el rio, se dejó alcanzar en su precipitada retirada, y pereció con cincuenta y seis mil hombres. No habia encontrado el valor de los Barca sino en el campo de batalla; sus tropas eran dispersadas y las esperanzas de Cartago destruidas. Su hermano no supo la llegada de este poderoso auxilio, sino cuando llegó á sus oídos el desastre (207). El héroe comprendió la pérdida de su causa, cuando Neron, cuya ausencia no habia sospechado, hizo arrojar en sus líneas la ensangrentada cabeza de Asdrúbal (1).

Grecia estaba pacificada, Sicilia sometida. Escipion, más libre en España desde la marcha de Asdrúbal, fué hasta el fin de los pueblos de la Citerior, ganó á Masinisa por presentes, á Sifax por una confianza un poco imprudente, y unió á los vencidos, no á Roma, sino á él. De repente, á la falsa noticia de su muerte, España entera se levantó con Mandonio é Indibil; ocho legiones se sublevaron. Diezmó á los legionarios, sujetó á los iberos, arrojó á Magon de Gádes y no dejó tras de sí un cartagines cuando volvió á Italia. El Occidente y el Oriente habian dejado toda resistencia: solamente Aníbal permanecia en el Bruttium como una incesante amenaza. Era necesario por tanto acabar con ella, era necesario arrojar á Aníbal. No habia más que un medio, y éste era invadir el África. Escipion concibió este plan con gran espanto, y la mayor envidia por parte de Fabio. El pueblo, que queria á Escipion, le nombró cónsul antes de la edad legal. El jóven vencedor de España pasó á Sicilia, tomando á Locres á su paso, se desembarazó bien pronto de la vigilancia de su rígido cuestor Caton, y preparó en medio de los placeres y de la relajacion de la disciplina su gloriosa expedicion (204). Auxiliado con entusiasmo por su provincia y por Italia, vencedor de los mequinos enredos de Fabio, invoca descaradamente los dioses contra Cartago y entrega su flota á los vientos, acordándose de la fortuna de Roma. Aníbal estaba

(1) Polibio; Tito Livio, l. XXVII, al fin.



siempre en el Bruttium, al sud, y el activo Magon acababa de desembarcar al norte, en Liguria (1).

Cartago y Numidia se encontraban entonces reunidas. Escipion contaba con dos aliados en África. Asdrúbal Giscon, dando su hija Sofonisbe á Sifax, le habia arrebatado uno de ellos; el otro, Masinisa, arrojado de su reino, no era más que un fugitivo.

Tal era la situacion cuando Escipion desembarcó en el Bello Promontorio. El sitio de Útica, las pérfidias negociaciones del romano, el incendio de los dos campamentos púnico y númera, la sumision de la Numidia, deciden á Cartago á llamar á Magon y á Aníbal. Escipion manifestó que no habia acomodamiento posible entre Cartago y Roma. Masinisa le habia ayudado poderosamente; pero cuando el rey númera dió su mano á Sofonisbe, su cautiva, los romanos le mandaron entregarla en su poder, y él envió una copa de veneno á la hija del cartagines (2). Lo que todas las fuerzas de Roma no podian hacer, lo realizó el peligro de Cartago. El único hombre que quedó del mundo antiguo no luchaba ya sino por la salvacion particular de una ciudad, y reconoció su desventaja. Pero la desgracia, que de todos lados caia sobre él, no le abatió. Desembarcado en Leptis sabe allí la muerte de su último hermano Magon, que sucumbió á causa de sus heridas. No obstante, hablaba á los cartagineses como jefe; si se le estrechaba para pelear, decia que á él correspondia tomarse el tiempo de obrar ó de descansar (3). Hubo un instante en que pudieron arrepentirse de haberle llamado. Estaba apostado en Zama; pidió la paz y no la alcanzó; Sicilia, Cerdeña, España, no bastaban á los romanos. Aníbal les decia: «¿Qué más queréis?» Entonces apareció verdaderamente grande en el infortunio. La caballería númera, su recurso ordinario, pasó á los romanos con Masinisa, y no pudo elegir el lugar del combate. Mas no importa: hasta el fin excederá en el arte militar. Cambia su táctica.

(1) Tito Livio, l. XXIX; Plutarco, *Vida de Caton*.

(2) Tito Livio, l. XXX.

(3) Polibio, l. XV.

Arroja delante sus débiles reclutas, que fatigarán la espada romana; detras de ellos marchará su poderosa linea de elefantes para aplastar las legiones; en fin, sus veteranas tropas, que sostienen todo, deben asegurarle la victoria. Escipion no habia comprendido en un principio este plan; pero todo le salió bien, y la improbable resistencia de las cohortes africanas, y el desorden de los elefantes púnicos y el rápido movimiento de los númeras de Masinisa, que se pusieron á retaguardia, arrollaron y destrozaron á los veteranos de Canas (1). El hijo de Sifax llegó despues de la derrota para encontrar la muerte (202). Puede mirarse como un gran dia en la historia aquel en que se decidió la suerte en los llanos de Zama.

Ambos beligerantes querian la paz, y Escipion se apresuró por temor de un sucesor. En Cartago Aníbal arrancó de la tribuna á Giscon, que se oponia al tratado. «Desde la edad de nueve años he estado en los campamentos, decia para excusarse, y sé un poco de armas, pero no de vuestros usos.» La república africana conservó sus leyes y su territorio; pero pagó tributo, renunció al derecho de guerra, entregó todas sus naves excepto diez, y no conservó más que un solo elefante. Esto equivalia á reconocer la supremacia de los vencedores, y se concibe que Roma abriese todos sus templos en señal de alegría.

El gran general habia visto á sus cobardes conciudadanos indiferentes ante el triste incendio de la flota, y no detuvo su amarga risa sino cuando en el momento de pagar la contribucion les vió derramar lágrimas. Parece que allí no habia entonces valor más que en él. El espíritu mercantil de Cartago no se sublevaba ni aun contra la injuria; se preguntaba al embajador cartagines que solicitaba en Roma la ratificacion del tratado: «¿Por qué dioses jurais despues de todos vuestros perjurios?» Respondió: «Por los dioses que nos han castigado!» Tanta bajeza no deja ningun lugar á los pesares. El hijo de Amílcar es el único que tiene derecho á ser compadecido; porque ¿qué no

(1) Apiano, *Guerras púnicas*.





habia hecho él para impedir esta deplorable sumision? (1). Ahora todavía se despierta el entusiasmo ante el ilustre nombre de Anibal, genio gigantesco que tan largo tiempo lucha contra la suerte de Roma y la hace balancear. ¿Quién no admirará con el más ilustre capitán de los tiempos modernos al verdadero héroe de los tiempos antiguos, el más audaz y el más admirable de todos, tan atrevido, tan valiente, tan grande en todo, que á los veintiseis años concibe lo que apenas es concebible, ejecuta lo que debía tenerse por imposible, que renunciando á su país atraviesa pueblos enemigos ó desconocidos que es necesario atacar y vencer, escala los Pirineos y los Alpes, que se creían inaccesibles, y no desciende á Italia sino pagando con la mitad de su ejército la única adquisicion de su campo de batalla, el único derecho de combatir, que recorre, ocupa y gobierna esta misma Italia durante diez y seis años, coloca muchas veces á la terrible y formidable Roma cerca de su ruina y no deja su presa sino cuando aprovecha la leccion que él ha dado de ir á combatirle en su propia casa? (2).

Contémplese este rostro tostado por el sol de África, desfigurado por los pantanos de Clusiun, y al que los romanos no se atrevían á mirar cara á cara. Sígase á este imperturbable capitán en sus largos y rápidos caminos, á traves de sus golpes de mano y de sus pequeñas emboscadas y pasmosas victorias. Júzguesele sobre este terreno, del cual es siempre dueño, observando al enemigo ó en medio de sus soldados de diversas naciones, unidas por su único ascendiente, que podían muy bien abandonarle por cansancio, pero que no conocían la murmuracion ni la sedicion, á los cuales daba

(1) Tito Livio, l. XXX.

(2) Memorial de Santa Elena, 14 Noviembre, 1816. Es un admirable homenaje el que Bonaparte tributa á Anibal.

el ejemplo de una vida sobria, sin buscar la gloria personal, sin otros placeres que sus meditaciones, sin otros sentimientos que su odio á la ambicion romana, su invencible voluntad de destruir su imperio; y al fin su incalificable desden de tantos pueblos y reyes que se obstinaban en no comprenderle para entregarse ellos mismos al yugo (1).

Ha acabado su papel este grande Anibal, y ¿sería esto decir que renunciaba á proseguir lo que ha buscado con tanta fatiga y genio? Despues de todo, sin duda no tenia ya nada que hacer para su propia gloria, á la cual no habia faltado largo tiempo sino el sello de la desgracia. Pero, ¿qué importaba su gloria? Anibal dirigia sus miradas á más elevados horizontes, y si habia querido cortar al águila sus alas, es porque ignoraba de qué manera iba á remontarse y tomar su vuelo. Así, pues, no se piense que el hijo de Amilcar abandona la lucha. Él basta en Cartago, en ella reina y la gobierna, y pone á esta ciudad, desarmada por la derrota de Zama, en estado de defenderse por sí misma. Pero ha reconocido que Cartago es muy débil campeón en la querrela del mundo.

Pero no, es necesario arrojar estos sueños y este prestigio de un momento; todo este vano fantasma cae á los piés del gigante que la mano de Dios eleva y protege. La Providencia, que queria unir al mundo antiguo el mundo futuro por la unidad de una vasta dominacion, parecia haber únicamente suscitado á este hombre extraordinario para dar á entender que no se podia destruir á Roma, puesto que Anibal no lo habia hecho (2). La fuerza humana se rompe y destruye contra los destinos eternos.

(1) Dumont, *Historia romana*. Léanse estas bellas páginas (c. VII del periodo I) en su rápida é interesante *Historia romana*.

(2) Dumont, (c. VIII, segundo periodo).

## CAPÍTULO XII

Mundo Occidental.—La conquista romana y las discordias civiles.—Roma despues de la batalla de Zama.—Estado interior de Roma.

¿Qué era de Roma despues de la victoria de Zama? ¿Qué era de Italia? ¿Qué de la ciudad? La conquista de Italia está asegurada á partir de esta época. Nadie vendrá á disputar á Roma la península. Al llegar Anibal con su núcleo de mercenarios, habia reunido en Canas las fuerzas disponibles de los italianos que pensaban todavía en la independenciam. Italia, á su voz, habia hecho un último esfuerzo para sublevarse; cuando la faltó su apoyo, volvió á caer para siempre, y sólo algunas postreras convulsiones cambiaron su suerte.

Y desde entonces la condicion de los vencidos fué dura. Los aliados, los asociados, *socii*, se doblegaban tambien bajo los impuestos de hombres y de dinero, y para huir de las vejaciones y de las extorsiones pecuniarias, no tenían otro remedio que introducirse fraudulentamente en la ciudad ó en las colonias; pero se les arrojó de ellas en muchas ocasiones.

Habia allí además otra tiranía horrenda y cruel. En las prefecturas era muy frecuente que tal ó cual pretor se enriqueciese escandalosamente por las exacciones, el robo y el sacri-

legio, y que tal otro diese muerte á 70 senadores, sin contar los hombres libres (1).

El sistema de la dominacion romana descansaba en dos principios: el establecimiento de colonias en medio del territorio conquistado, y despues la division de las ciudades y de los intereses particulares. Las colonias, la progenitura romana, *propagatio romana*, la familia de Roma, eran otras tantas pequeñas ciudades, del mismo modo que la gran ciudad, agrupadas al rededor de ella. El colono no podia ya volver á entrar en la ciudad como ciudadano, pero le quedaba siempre unida por lazos estrechos de obediencia y de proteccion, y encontraba en los cargos locales del pequeño Estado en que estaba comprendido el reflejo de la magistratura de la patria (2).

Al rededor de estos centros de influencia ro-

(1) Tal fué Popilio entre los prenestinos, Fulvio entre los brucios, etc.; Tito Livio, l. XLII.

(2) Dumont, *Historia romana* (primer periodo, capítulo VI); Adam, *Antigüedades romanas*; Rosin, *Antigüedades romanas*.